

# MATT HAIG



# LA VIDA IMPOSIBLE

AdN

**Matt Haig**

La vida  
imposible

Traducido del inglés por Ana Isabel Sánchez

**AdN**

*A la isla y la gente de Ibiza*



La realidad no siempre es probable ni plausible.

JORGE LUIS BORGES

When the angels from above,  
Fall down and spread their wings like doves;  
As we walk, hand in hand,  
Sisters, brothers, we'll make it to the promised land.

JOE SMOOTH, *Promised Land*



Querida señora Winters:

Espero que no le moleste que le envíe este correo electrónico.

Puede que me recuerde. Fue mi profesora de Matemáticas en Hollybrook. Ahora tengo veintidós años y estoy en el último curso de la universidad. ¡Le alegrará saber que estoy estudiando Matemáticas!

Durante las vacaciones de Semana Santa, me encontré con el señor Gupta en el pueblo, le pregunté por usted y me contó todas las novedades. Le doy mi más sentido pésame por la muerte de su marido. El señor Gupta me dijo que se ha mudado a España. Una de mis abuelas se volvió a Granada, aunque no había vuelto a visitar la ciudad desde los siete años, y allí encontró la felicidad. Espero que su traslado a otro país la haga igual de feliz que a ella.

Yo también he pasado un duelo hace poco. Mi madre falleció hace dos años y eso me hizo perder la esperanza. No me llevo bien con mi padre y me ha resultado difícil concentrarme en los estudios. Mi hermana (puede que también se acuerde de Esther) necesita aún más apoyo ahora. Decepcioné a mi novia y rompí conmigo. Ha habido más cosas. En ocasiones me ha costado mucho seguir adelante. Tengo la sensación de que, a esta edad tan temprana, mi vida ya está escrita, de que ya se sabe todo. A veces la presión es tanta que no puedo respirar.

Estoy inmerso en un patrón, como un patrón numérico, una secuencia de Fibonacci: 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, etc. Y, como en esa secuencia, las cosas se vuelven menos sorprendentes a medida que avanzo. Pero es como

si, en lugar de darte cuenta de que el número siguiente se encuentra sumando los dos anteriores, te dieras cuenta de que todo lo que tienes por delante ya está decidido. Y, cuanto mayor me hago, cuantos más números paso, más predecible se vuelve el patrón. Y no hay nada que pueda romperlo. Antes creía en Dios, pero ahora no creo en nada. Estaba enamorado, pero lo eché a perder. A veces me odio. Lo fastidio todo. Me siento culpable continuamente. Bebo demasiado y eso afecta a mis estudios, y también me siento culpable por eso, porque mi madre quería que me esforzara al máximo.

Me fijo en lo que está sucediendo en el mundo y veo que toda nuestra especie se encamina hacia la destrucción. Es como si estuviera programada, como otro patrón. Y me hartó de ser humano, de ser una cosa minúscula que no es capaz de hacer nada por el mundo. Todo me parece imposible.

No sé por qué le estoy contando esto. Solo quería contárselo a alguien. Y usted siempre se portó muy bien conmigo. Estoy sumido en la oscuridad y necesito una luz. Perdón. Ha sonado muy melodramático. Lo que pasa es que tengo que darle buen ejemplo a mi hermana.

Por favor, no se sienta obligada a contestarme. Pero valoraré mucho cualquier cosa que pueda decirme. Perdona la longitud del correo.

Gracias,

Maurice (Augustine)



Querido Maurice:

Muchísimas gracias.

No tengo costumbre de contestar a los correos electrónicos, aunque tampoco es que reciba muchos. De hecho, esto de internet no es para nada lo mío. No tengo redes sociales. Lo único que tengo es WhatsApp y, aun así, lo uso poquísimos. Pero, en el caso de tu mensaje, sentí que debía responder, y responder como es debido.

Siento mucho todo lo que has pasado. Recuerdo a tu madre de las reuniones del colegio. La recuerdo como una mujer seria, pero con las comisuras de los labios curvadas en una sonrisa cuando hablaba de ti. Estaba claro que tú le alegrabas la vida. Con solo ser tú. Y eso era un verdadero logro, sobre todo para un adolescente.

Empecé a redactarte una respuesta y no paraba de crecer, superó con creces lo que tendría que ser un correo breve.

Si te soy sincera, hacía ya bastante tiempo que tenía intención de escribir todo esto, así que tu mensaje fue el empujón perfecto.

Lo que estoy a punto de contarte es una historia que hasta a mí me cuesta creer. Por favor, no te sientas obligado a aceptar sin más todo lo que te digo, pero que sepas que aquí no hay nada inventado. Nunca he creído en la magia y sigo sin hacerlo. Sin embargo, a veces lo que parece magia no es más que una parte de la vida que todavía no entendemos.

No puedo prometer que mi relato te ayude a creer en lo imposible. Pero es la historia, tan verdadera como cualquier otra, de una persona que, cuando sentía que su existencia ya no tenía ninguna razón de ser, encontró el propósito más importante que había tenido en su vida. Por eso considero que es mi deber compartirla. Desde luego, no soy un buen ejemplo, como seguramente te quede claro al leerla. He sentido muchísima culpa a lo largo de mi vida. Y, en cierto sentido, ese es el tema de este relato. Espero que te resulte de algún valor.

Lo encontrarás en el adjunto.

Con un cordial saludo,

Grace Winters

# Historia lacrimógena

---

Érase una vez una anciana que llevaba la vida más aburrida del universo.

La mujer apenas salía de su bungalow salvo para ir al médico, echar una mano en la tienda benéfica o visitar el cementerio. Ya no cuidaba el jardín. El césped estaba demasiado largo, y los arriates, llenos de malas hierbas. Pedía la compra semanal a domicilio. Vivía en las Midlands. En Lincoln. En Lincolnshire. En el mismo pueblo histórico de ladrillo naranja en el que había pasado toda su vida adulta, con la excepción de una temporada en la Universidad de Hull hacía siglos.

Ya conoces el sitio.

Y no estaba tan mal, aunque sus calles ya no eran tan acogedoras como antes. A la mujer le resultaba difícil ver la mitad de sus preciosos recuerdos ocultos bajo madera prensada y carteles medio arrancados.

Se sentaba a ver los programas diurnos de la tele, leía algún que otro libro y hacía pasatiempos y el Wordle para mantener el cerebro activo. Observaba los pájaros del jardín o contemplaba el pequeño invernadero vacío mientras oía el continuo tictac del reloj de la repisa de la chimenea. En su día, había sido una jardinera consumada, pero ya no. Solo tenía setenta y dos años, pero, desde que su marido había fallecido hacía cuatro, poco antes que su Pomerania, Bernard, se sentía completamente sola. En realidad, se sentía sola desde hacía más de treinta años. En concreto, desde el 2 de abril de 1992. La fecha en la que su vida había perdido

todo significado y propósito y no había vuelto a encontrarlos. Pero, a lo largo de los últimos años, la soledad se había convertido en una realidad profunda y literal, y se sentía como si tuviera unos ciento treinta y dos años. No conocía a casi nadie. Sus amigos o habían muerto o se habían ido a vivir a otro sitio o se habían jubilado. Solo tenía dos contactos en su WhatsApp: Angela, la de la British Heart Foundation, y Sophie, su cuñada, que hacía treinta y tres años que se había mudado a Perth, Australia.

En cualquier caso, de todas las tristezas del pasado, aquella fecha de un abril lejano seguía siendo la que la afectaba de una forma más profunda. La muerte de su hijo, Daniel, había sido el momento más complicado y devastador y, cuando una tragedia es así de inmensa, lleva a otras tristezas y fracasos, igual que un tronco lleva a las ramas. Pero la vida siguió adelante. Al cabo de un tiempo, la mujer y su marido, Karl, se mudaron a un bungalow e intentaron lidiar con la situación lo mejor que pudieron. No les salió nada bien, así que permanecieron sentados en silencio, viendo la tele o escuchando la radio. Su marido siempre había sido muy distinto a ella. Le gustaban el rock duro y la cerveza sin filtrar, pero en el fondo era un alma fundamentalmente serena. El problema de las tragedias es que emponzoñan todo lo que llega después. De vez en cuando, se consolaban compartiendo sus recuerdos, pero, tras la muerte de Karl, todo se hizo más difícil, puesto que los recuerdos no tenían adónde ir. Se quedaban dentro de la cabeza de la mujer, inmóviles, poniéndose cada vez más rancios. Y por eso, cada vez que se miraba en el espejo, veía solo una vida a medias. Un árbol que iba cayendo poco a poco en un bosque invisible.

También estaba pasando apuros económicos.

Los ahorros de toda su vida ya no existían. No existían desde que un estafador con un tranquilizador acento escocés se había hecho pasar por asesor de seguridad del banco NatWest y —con la ayuda de la ingenua mujer— había robado las 23 390,27 libras que Karl y ella habían atesorado juntos. Era una larga historia, plagada de personajes maliciosos y con una vieja idiota de prota-

gonista (¡hola!); sin embargo, tienes la inmensa suerte de que esa no es la historia que se cuenta aquí.

Bueno, el caso es que esta señora que te digo... se limitaba a estar ahí sentada, con las piernas doloridas, intentando no contestar a correos electrónicos de desconocidos y dejando que su vida desmoronada avanzara a la deriva, como una bolsa de patatas fritas vacía flotando en un río. Mientras ella inhalaba viejos recuerdos y sueños desvaídos, su interés solo se avivaba un instante cuando avistaba un pinzón o un estornino en el comedero para pájaros del jardincito trasero.

# Disculpas

---

Perdón. Me ha quedado un poco grandilocuente y melancólico. Lo de utilizar la tercera persona para hablar de mí. Solo estoy «estableciendo el contexto». La historia va a ser divertida, a pesar de esta introducción. Y, como muchas cosas divertidas, comenzará con una operación mínimamente invasiva de ablación endovenosa por radiofrecuencia.

# La incapacidad de sentir placer

---

Estaba del revés cuando decidí irme a Ibiza.

La camilla quirúrgica en la que yacía estaba tan inclinada hacia atrás que creía que iba a caerme. Había un espejo en la pared. Me vi el pelo gris y descuidado y la cara de agotamiento y apenas me reconocí. Mi apariencia era la de una persona marchita. Evitaba los espejos siempre que era posible.

Verás, estaban intentando revertirme el flujo sanguíneo en las piernas. Estaba más cubierta de venas azules que un trozo de gorgonzola y tenían que arreglármelas. No por estética, sino porque hacían que me picasen las pantorrillas y que me salieran llagas. Mi tía había muerto de un coágulo sanguíneo que se había liberado y alcanzado el elevado estatus de embolia pulmonar letal, así que quería que me solucionaran lo de las varices antes de que a mí también se me formase un coágulo que se diera las mismas ínfulas. Te pido disculpas si todo esto es demasiada información. Lo que pasa es que estoy decidida a ser lo más abierta posible contigo, por lo que he empezado como pretendo seguir.

Sinceramente.

Así que, mientras yo escuchaba la radio, la cirujana vascular me inyectó anestesia local en múltiples puntos a lo largo de la pierna izquierda; al último pinchazo lo llamó, de manera cariñosa pero muy certera, la «picadura de abeja». Después pasamos a la parte más importante, en la que, según me dijo, me insertarían un catéter en la pantorrilla para bombardearme la vena safena magna desde dentro con 120 °C de «temperatura para sofreír una cebolla».

—En principio, tendría que sentir algo...

Y lo sentí. No fue agradable, pero fue algo. Lo cierto era que llevaba años sin sentir gran cosa. Solo una tristeza vaga y persistente. Anhedonia. ¿Conoces esa palabra? La incapacidad de sentir placer. Una falta de sensación. Bueno, esa era yo desde hacía un tiempo. He conocido la depresión y no era lo mismo. No tenía la intensidad de la depresión. Era solo una carencia. Me limitaba a existir. La comida solo servía para llenarme. La música se había convertido en un mero ruido estructurado. Solo... estaba ahí, sin más.

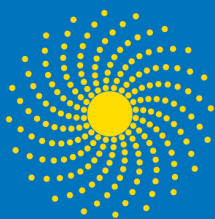
«En principio, tendría que sentir algo.»

A ver, esa es la forma de existencia más básica y esencial, ¿no? Sentir. Por lo tanto, vivir sin sentir, ¿qué era eso? ¿Qué narices era eso? Estaba ahí plantada sin más. Como una mesa en un restaurante cerrado, esperando a que alguien ocupara el mobiliario.

—Piense en algo bonito...

Y, por una vez, no me costó mucho pensar en algo. En lo que más me concentré fue en una carta de un bufete de abogados que había recibido hacía menos de dos horas.





## LO QUE PARECE MAGIA NO ES MÁS QUE UNA PARTE DE LA VIDA QUE TODAVÍA NO ENTENDEMOS...

Cuando Grace Winters, una profesora de Matemáticas jubilada, hereda una casa desvencijada en una isla del Mediterráneo tras la muerte de su antigua amiga Christina, la curiosidad se apodera de ella. Llega a Ibiza sin billete de vuelta, sin guía de viaje y sin planes.

Entre las colinas escarpadas y las playas doradas de la isla, Grace busca respuestas sobre la vida de su amiga y sobre cómo llegó a su fin. Lo que descubre es más extraño de lo que podría haber soñado.

Pero, antes de sumergirse en esa verdad imposible, Grace debe reconciliarse con su pasado.

Repleta de maravillas y de aventuras, esta es una historia sobre la esperanza y sobre el poder de los nuevos comienzos para cambiarte la vida.

«Una novela llena de maravillas e imaginación que, en lo más profundo de su corazón aventurero, contiene una oda de lo mejor de ser un ser humano y de vivir en este planeta».

**Benedict Cumberbatch**

3655048

ISBN: 978-84-10138-46-9



AdN